

Silverio, el último ídolo

Heriberto Murrieta

Hemingway y Michel Leiris abordaron las relaciones entre la literatura y el arte de los toros. Silverio Pérez, el más grande torero mexicano, es recreado en este texto merced a la magia narrativa del cronista taurino y escritor Heriberto Murrieta.

Ha fallecido Silverio Pérez, figura emblemática de un México que ya se fue.

Al escucharlo interpretar canciones campiranas con gran sentimiento durante tantas sobremesas inolvidables en su vieja casona del pueblo de Pentecostés, pensé en más de una ocasión que ese hombre carismático personificaba a la patria, con su alma que llora y que canta, con su valor y su temor, con la grandeza de su sencillez. A través de su desgarradora y mexicanísima forma de interpretar las suertes hizo sufrir y gozar al público enfervorizado. Fue el máximo ídolo de la tauromaquia nacional, no solamente por su enorme arte y simpatía, sino también por la fuerte identificación que los públicos tuvieron con sus estados de ánimo. Los espectadores percibían el miedo que pasaba y lo sentían humano y cercano. Silverio los tenía con el alma en un hilo.

Nos dice su biógrafo Guillermo Cantú en el libro *Silverio o la sensualidad en el toreo*:

Silverio siempre tuvo mucho miedo a la muerte, pero no dejó que el temor se anidara en su cuerpo y en su ánimo. Halló una manera singular de controlarlo, transmitiéndoselo al público mediante una catarsis personal que le permitió hacer sentir a quienes lo observaban todo lo que él sentía o lo que él interpretaba, incluido el miedo.

Nadie como él para exteriorizar el interior. Sus grandes faenas eran verdaderos acontecimientos que convulsionaban a todo el país. Brindó a su toreo sabor y color, sinceridad y belleza, dramatismo y emoción. Tuvo una forma de torear sumamente expresiva, basada en el sentimiento y la belleza estética. Su partida marca el fin de una época de grandes personajes que enriquecieron con tintes brillantes nuestra cultura popular.

En 1999, Editorial Clío publicó una biografía del inmenso torero, realizada por este cronista. Algunos pasajes de esa publicación sirven de respaldo ahora para desentrañar el luminoso concepto del toreo del “Faraón de Texcoco”.

ALMA GEMELA

Aunque Silverio Pérez nos dijo en varias ocasiones que había nacido en Texcoco el 20 de junio de 1915 —día de San Silverio—, acostumbraba celebrar su cumpleaños cada 20 de noviembre, pues había sido en tal día del mismo año 1915 cuando fue bautizado por sus padres, Alberto Pérez y Asunción Gutiérrez. El matrimonio Pérez Gutiérrez sostenía a sus diez hijos con las ganancias de un pequeño restaurante de barbacoa en el mercado de San Juan. Como el negocio empezó a fun-

cionar bien, se trasladaron a la calle de Doctor Jiménez en la capital.

Armando, el hermano mayor, frecuentaba el rastro para conseguir los chivos que se necesitaban para la barbacoa. Ahí conoció a varios maetillas que tenían sueños de grandeza taurina. Un día se atrevió a pegarle pases a un monumental toro cebú sin pensar en las posibles consecuencias, y desde ese momento empezaron a llamarle “El loco”. En 1927, fue invitado a torear una novillada en la placita de Mixcoac. Para evitar que su madre descubriera sus intenciones toreras, pidió ser anunciado en la propaganda del festejo con un nombre distinto: se llamaría Carmelo Pérez.

El temerario lidiador empezó a alborotar el “cotarro” con un arrojo que rayaba en la inconsciencia.

El cronista Paco Malgesto apuntó:

A pesar de sus aficiones artísticas y de sus sentimientos, Carmelo era torero de una pieza, bronceo, no fino sino brutal, arrollador, un torero en crudo, con un valor que asustaba, con un temple que paraba la respiración, con una técnica novedosa e intrépida, pero sin exquisitez y sin gracia. Su figura era alta, desgarbada y un poco tosca.

Carmelo Pérez fue un innovador de la técnica del toreo que pagó muy caro su atrevimiento de “compartir” el mismo terreno con los toros. Su toreo era una danza macabra entre los pitones.

Así lo explica Guillermo Cantú: “Carmelo se mete en el viaje del toro todo él con los pies juntos y, por primera vez en la historia, lo manda hacia adentro. Como no se mueve, queda más cruzado”.

Después de remover los sentimientos de toda la afición, Carmelo recibió la alternativa de manos del español Joaquín Rodríguez “Cagancho” el 3 de noviembre de 1929 en la plaza de toros El Toreo. “El gitano de los ojos verdes” le cedió el berrendo “Granado” de la ganadería de Piedras Negras, en presencia del hidalguense Heriberto García. Brindó la faena de muleta al Presidente Emilio Portes Gil, que seguía las incidencias del tan esperado espectáculo desde una barrera de primera fila.

Sólo catorce días después de la ceremonia del doctorado, la tragedia, que ya rondaba cerca, habría de envolver a esta figura heroica de la fiesta. El 17 de noviembre, ante uno de esos llenos imponentes que acostumbraba provocar en el viejo coso de la colonia Condesa, el toro “Michín” de San Diego de los Padres se ensañó con él, infiriéndole cinco cornadas, dos de ellas muy graves en el muslo izquierdo y en el hemotórax derecho.

El español Antonio Márquez, uno de los alternantes de Carmelo aquella infausta tarde, le platicó a José Alameda:

Pudimos por fin hacer el quite, que buen trabajo nos costó a todos. Di el primer capotazo después de la cornada y me quedé sorprendido de la fiera con que acometía el toro. Nunca he visto un animal tan fiero ni una cogida tan impresionante. El toreo es duro muchas veces, pero pocas veces lo sentí y lo vi más duro que aquella tarde en el viejo Toreo de México.

El drama fue visto desde el graderío por su entrañable hermano Silverio. A Carmelo debieron ponerle una fístula en su dañado pulmón derecho. Sin encontrarse plenamente recuperado, con ocho kilos menos y un tubo de canalización introducido en un costado, Carmelo reapareció en El Toreo el 4 de enero de 1931, donde fue recibido cariñosamente por sus miles de seguidores, que no olvidaban las gestas protagonizadas por el valentísimo diestro en meses anteriores.

Todavía realizó la mejor faena de su vida en Guadalajara, donde ligó diecisiete naturales sin enmendar el terreno, antes de viajar a España a bordo del barco Alfonso XIII para actuar en una corrida en Toledo. En Madrid murió de bronconeumonía el 18 de octubre de 1931.

LLAMADO DE SANGRE

La dinastía de toreros “Bienvenida” logró devolver a México por la vía marítima los restos del infortunado

Sus grandes faenas eran verdaderos acontecimientos que convulsionaban a todo el país. Brindó a su toreo sabor y color, sinceridad y belleza, dramatismo y emoción.

diestro En Veracruz, Silverio recibió el cuerpo de su hermano, pero como el féretro venía rotulado con el nombre artístico de Carmelo, el futuro “Compadre” debió pasar dos días en la bodega de la aduana velando con tristeza los restos de su hermano caído, entre sacos de sal y piezas de maquinaria. Inspirado en la desgarradora vida torera de Carmelo, Silverio decidió hacerse torero.

Después de torear algunas novilladas, hizo su debut en El Toreo el 23 de abril de 1933, gracias a la oportunidad que le brindó Antonio Casillas “El Berrendo”. Silverio resultó el triunfador, tras realizar una buena faena con un novillo de la ganadería de Albarrada.

Armando de María y Campos escribió sobre su presentación:

Con el derecho que le da su parentesco con el portentoso lidiador de Texcoco, tan dolorosamente malogrado, Silverio abrió el cofrecillo familiar en que se guardan las reliquias del hermano mayor y sacó un capotillo y una muleta que usó ayer. La multitud rugía de emoción y de júbilo al ver moverse y casi no moverse el capotillo y la muleta de Carmelo Pérez, manejados por un familiar que físicamente lo recuerda y que parece ser el legítimo heredero de su portentoso valor.

En efecto, un valor que se notaba menos en comparación con Carmelo, serviría de base en la incipiente tauromaquia silveriana, que se distinguiría a la larga, entre otras cosas, por el buen gusto en la ejecución de las suertes.

Por recomendación de “El Berrendo”, Silverio se fue a España en abril de 1935. El primero de mayo de ese año se presentó en Tetuán de las Victorias alternando, entre otros, con Manuel Rodríguez “Manolete”, quien aquella tarde se anunció con el nombre de Ángel. La faena al sexto novillo se la brindó el texcocano a Fermín Espinosa “Armillita”. El llamado “Maestro de Saltillo”, sorprendido por las buenas maneras del novillero mexicano, lo invitó a cenar y le regaló un vestido de color verde con bordados en oro. Así comenzó la gran amistad entre ambos diestros.

Después de torear algún tiempo en escenarios peninsulares, el 24 de junio de 1938 Silverio se casó en México con María de la Paz Domínguez “Pachis”, una mujer extraordinaria sin la cual no podría explicarse la vida de torero que siguió él en las siguientes seis décadas. El 6 de noviembre de ese mismo año recibió la alternativa de manos de Fermín Espinosa “Armillita” en la plaza de Puebla, llevando como testigo al queretano Paco Gorráez, con toros de la ganadería jalisciense de La Punta. Pocos días después, el 11 de diciembre, confirmó el doctorado en El Toreo de manos del mismo “Armillita” con el toro “Vigía” de la vacada tlaxcalteca de La Laguna.



Silverio Pérez

COMPADRE Y FARAÓN

A mediados de 1939, Silverio se fue a Portugal a bordo del barco Iberia, en el que también viajaba el joven periodista José Pagés Llergo. Silverio y José pronto se hicieron amigos, y a su vez trabaron amistad con dos hermanas cubanas, simpáticas y jacarandosas. Andaban los cuatro muy desenvueltos en altamar cuando, en divertida ocurrencia, Silverio y José nombraron a las cubanitas madrinas de una muñeca que Pagés recién había comprado. Pagés empezó a llamar “Compadre” a Silverio y tan pronto tuvo en sus manos una máquina de escribir, en sus notas empezó a referirse al torero como “El Compadre” Silverio, y se popularizó el apodo en todo México. Tiempo después, el 7 de abril de 1940, el periodista Manuel Agustín “El Caballero” López le impuso otro famoso apodo al diestro mexicano: lo llamó “Faraón de Texcoco”, después de la gran faena con el toro “Pizpireto” de la ganadería de La Punta en El Toreo de la Condesa.

La fecha del 31 de enero de 1943 ha quedado grabada en la historia del toreo en México. En El Toreo, “Armillita” realizó una faena de antología con “Clarín”, mientras que Silverio, vestido de marfil con bor-

dados en pasamanería negra, alcanzó la cumbre del arte taurino con “Tanguito”, ambos cornúpetas de la ganadería de Pastejé. De tanto humillar, el bravo “Tanguito” clavó los pitones en la arena y dio dos espectaculares maromas que le restaron poder. “El Compadre” toreó con increíble lentitud, en medio de una delirante algarabía.

Para darnos una idea del alcance artístico de aquella trepidante faena, escuchemos a Rafael Solana, en *Multitudes*:

Nadie ha hecho el toreo como este as de ases, a quien habría que levantarle no una placa sino una pirámide, una basílica o mejor aún, una montaña, para que existiese un monumento digno de su gloria. La faena de “Tanguito” tendría que ser inscrita con letras de oro en la cumbre misma del Popocatepetl.

Tampoco escatimó elogios “El Tío Carlos”, al día siguiente en *El Universal*:

Silverio rompió con “Tanguito” las leyes del toreo. Pero no como un anarquista de falsificado modernismo. Ni siquiera como un revolucionario a lo Lorenzo Ganza. Lo hizo por

la vía de la exaltación personal, con el orgullo humilde de quien cumple la exigencia de volcar un ritmo interno cada vez más claro, cada vez más imperioso, alargando hasta lo inverosímil el tiempo y la dilación de un pase. Cuando aparece un torero capaz de subordinar la viva fuerza rebelde de un toro al mismo tiempo en que el poeta y el músico recrean sus imágenes, hemos de decir que nos hallamos ante un torero de fábula que supera por caminos de sublimación todo lo que hasta ahora considerábamos real, posible o inviolable. Con Silverio Pérez se inicia la época del toreo como fantasía y la escuela mexicana paga con creces su deuda al toreo universal, entregándole el mensaje de este indio de Texcoco, largo, huesudo, desangelado y genial.

El extasiado Agustín Lara, al presenciar aquella obra, compuso el pasodoble “Silverio”, un verdadero himno a la personalidad en los ruidos y a la profundidad al torear:

Silverio, torero estrella,
el príncipe milagro
de la fiesta más bella
Carmelo, que está en el cielo,
se asoma a verte torear.

El 13 de febrero de 1944 Silverio sufrió la cornada más grave de su vida. Se la infirió el toro “Zapatero” de La Punta. Poco tiempo después, protagonizó en España otra de sus famosas anécdotas, cuando aseguró que veía dos toros con tal de no lidiar los bureles de Antonio Pérez en la que iba a ser su confirmación de alternativa en la plaza de Las Ventas de Madrid.

El 9 de diciembre de 1945 en El Toreo, Silverio le confirmó la alternativa a Manuel Rodríguez “Manolete”, quien llegó precedido de una gran fama. Durante los días previos, agobiado por la fuerte presión de tener que medirse con el “Monstruo de Córdoba”, anduvo ensimismado y ajeno. Hizo su testamento, se confesó y comulgó. El Presidente Manuel Ávila Camacho habló con él y puso en sus manos “el honor de todo un país”. Los dos diestros resultaron triunfadores de aquel mano a mano inolvidable: el español le cortó el rabo a “Gtano”, mientras que el bienamado “Compadre” hizo lo propio con “Cantaclaro” de la ganadería de Torrecilla.

Enseguida decidió retirarse. Encontrándose en el ostracismo, firmó un contrato para actuar dos tardes en el estadio deportivo La Tropical de La Habana cuando corría el mes de agosto de 1947. En la isla estaba de moda el pasodoble que le había compuesto Agustín Lara, donde “El flaco de oro” no lo bajaba de “príncipe milagro” y “tormento de las mujeres”. Con fama de guapo, bajó por la escalerilla del avión. Al pie de ésta, esperaba un fotógrafo moreno de baja estatura



Silverio Pérez, *El faraón de Texcoco*

Fermín Espinosa, *Armillita*Joaquín Rodríguez, *Cagancho*

que se disponía a tomar la primera foto de su llegada. El hombre, al ver que Silverio venía rapado, lanzó una chispeante pregunta: “¿Tú ere el tolmento de las mujeres? ¡Ere la muelte, caballero!”.

Como la mayoría de las grandes figuras a lo largo de la historia, Silverio retornó a los ruedos, pero el primero de marzo de 1953 se despidió definitivamente en la Plaza México, alternando con Antonio Velázquez y Jorge “El Ranchero” Aguilar, ante un encierro tlaxcalteca de La Laguna. Como no tuviera suerte con los dos toros de su lote, regaló un séptimo ejemplar, de la ganadería de San Diego de los Padres, al que pudo cortarle una oreja.

Silverio Pérez había dejado una marca imborrable en la historia de los toros. Así lo captó el catalán Néstor Luján en su *Historia del Toreo*:

Así como “Manolete” fue la superación clásica del postbelmontismo, Silverio ha representado la superación dramática del postbelmontismo dentro de una visión mexicana, sacudida, solar y apasionada. Silverio es, físicamente, lo contrario de “Manolete”; más bien bajo, de miembros toscos, una cabezota enorme, de una fealdad gorda y pesada —frente combada, belfo grueso, ojillos picantes, pelo rizado—, tiene una escasa prestancia. Su simpatía fea y sonriente se transmuta en el momento de torear y parece que lo hace con los brazos magnéticos y dormidos, con el engaño enervado. Así, sus rechazos,

bien con las piernas aspadadas, bien con los pies juntos; su trinchera insolente, recia y resaltada, y sus chicuelinas portentosas, son los tres puntos cumbre de este toreo suyo antiacadémico, que posee un espasmo abrumador y sonámbulo. Su toreo contra el toro, pegado al toro, extenuado por el toro, con los nervios como desclavijados, removió a toda la afición mexicana. Era su estilo un prodigio de impureza, una estilización de la congoja, una mímica obcecada por el dramatismo fatal.

A LA MEXICANA

Silverio Pérez fue un artista de gran calidad interpretativa. Cuando logró acomodarse con los toros se volvió irresistible para los públicos sensibles, que lo convirtieron en su legítimo ídolo, en tiempos en que los ídolos no eran prefabricados para ser aceptados a la fuerza.

Ante la magnificencia de su estilo y a pesar de sus “estrepitosos escándalos de miedo”, poco se ha hablado de su valor. Pero Silverio fue un torero valiente que toreaba muy reunido, “embraguetado”, como decimos en el *argot* taurino. Y es que sin el control del miedo no puede aflorar el valor ni puede surgir el toreo de arte. Los toreros de arte tienen un fondo sólido de valor que les permite “abandonarse”, crear instantes fugaces de plasticidad y entrar a una dimensión etérea que es placer puro para los diletantes.

Los toreros de arte tienen un fondo sólido de valor que les permite “abandonarse”, crear instantes fugaces de plasticidad y entrar a una dimensión etérea que es placer puro para los diletantes.

A la chicuelina le puso su acento personal. Embarcaba a los toros despacio, “tendiendo” el capote suavemente y bajando la mano de la salida con mucho sentimiento, recreándose en la suerte. Los espectadores —y así lo demuestran numerosas películas en blanco y negro de sus grandes tardes— saltaban de sus asientos para celebrar la emoción silverista. Con la muleta, el trincherazo fue su pase característico. Lo hacía con hondura, la mano derecha muy baja, la otra en alto, despegada del tronco. Empinaba un poco el cuerpo, clavaba la afilada barbilla en el pecho y adelantaba ligeramente la pierna de la salida. La muleta se iba arrastrando por la arena, llevando sometido al toro. El trincherazo dura un suspiro: ¡el toro ya pasó completo!..., pero queda el sabor de lo bien interpretado.

A veces, Silverio parecía andar desganado, pero de pronto hacía brillar el fino diamante de su labor muletérril, convenciendo a propios y extraños. Fue el adalid sentimental del toreo mexicano, fundador de una forma de interpretar el toreo a la mexicana; un estilista con afinado sentido del temple, que consiste en acoplar el movimiento de los engaños a la velocidad de la embestida del toro. Es el temple el gran misterio del toreo y es el toro quien impone la velocidad de la suerte con su propia embestida. Torear con temple es torear con limpieza, con precisión. El ideal del temple es torear despacio, para lo cual se requiere del enorme aguante que atesoró el texcocano.

El 2 de septiembre del año 2006 murió el decano de los toreros del mundo, el torero mexicano más querido de cuantos han pisado sus arenas bañadas de sol. **U**



Carmelo Pérez, corneado mortalmente